

Las creencias de ultratumba en Roma

El culto a los difuntos en la Antigua Roma estaba indiscutiblemente ligado a la creencia en algún tipo de destino que los aguardaba tras la muerte. De hecho, tales nociones de la vida de ultratumba influyeron notablemente en el legado arqueológico funerario. Considerar estas ideas es fundamental para interpretar y explicar tales restos desde lo que se ha denominado una “perspectiva *emic*”, es decir, aquella que se adopta considerando los parámetros culturales del grupo humano, pueblo o civilización que se está estudiando, lo que equivaldría al punto de vista del nativo (el *romano*, en este caso). A pesar de la generalización de dicho concepto para explicar la alteridad cultural, la sola perspectiva de atreverse a conocer el pensamiento de los individuos que integraron estas culturas pretéritas sigue siendo considerada por muchos un atrevimiento. ¿Es posible comprender qué pensaban los individuos culturalmente romanos acerca del destino del difunto?

Desafortunadamente, las fuentes escritas que nos hablan explícitamente de este tema no son muy abundantes. No obstante, y al igual que en muchos otros aspectos de la vida, debemos presuponer ciertas diferencias entre las concepciones de ultratumba de las elites y las de la masa de población no privilegiada. Así pues, los grandes autores de la Antigüedad debatieron acerca de la naturaleza del alma y su destino tras la muerte, destacando por encima de todas dos posturas filosóficas de raigambre griega: la de los epicúreos y la de los estoicos. La primera considera que el alma, una vez se ha separado del cuerpo tras el fallecimiento, se desintegra completamente, mientras que la segunda entiende que es absorbida por la fuerza impersonal del universo, negando así cualquier forma de supervivencia *postmortem*. Sin embargo, los filósofos suelen dejar claro en sus obras que sus disquisiciones se alejan de la creencia común, más difícil de rastrear para nosotros por cuanto, precisamente por ser la norma, queda infrarrepresentada en las fuentes.

Habitualmente se considera que los distintos escenarios de la ultratumba romana deben entenderse como una adopción de los modelos griegos, de los cuales tenemos las primeras referencias en los poemas de Homero, quien ya lo situaba bajo tierra. No queda claro en qué época exacta se introdujeron tales préstamos culturales en Roma, pero en el siglo I a.C. debieron estar ya consolidados, de lo contrario Virgilio no los habría plasmado explícitamente en su *Eneida*, la más locuaz fuente con la que contamos en

la actualidad. En su libro sexto se expone una distribución del mundo de los muertos en la que cada región se reservaba a distintos tipos de difuntos en función de las condiciones de su muerte: el primer espacio, situado inmediatamente tras el umbral custodiado por el can Cerbero, se destinaba a las almas de los niños y a los condenados a muerte falsamente; inmediatamente después se encontraban los suicidas; luego estaban las Llanuras del Llanto, donde residían los que habían muerto por amor; a continuación se hallaba el área reservada a los fallecidos en combate, y por último, una bifurcación que conducía por un lado al Elíseo, sede de las almas más nobles, y por otro al Tártaro, cárcel de aquellos que ofendieron a los dioses y donde recibían torturas por toda la eternidad.



Fig. 1. Guillaume Courtois: Eneas y la sibila al borde del Éstige, s. XVII.